

dores que el vino, recita el rey del festin voluptuosos poemas, ofreciendo libaciones á los dioses, se matan á lo lejos los gladiadores en formal batalla, mezclando los vapores de su sangre con los vapores de la orgía, y sobre lechos de púrpura, coronados de flores, vestidos de riquísimas sedas, los señores del mundo comen y beben, dejando caer la frente fatigada en el seno desnudo de hermosas mujeres ébrias de placer, cuyos besos se confunden con el ruido de las copas y los acordes de la música. En medio del festin, cuando más entregados están aquellos hombres á sus delicias, se oye un espantoso fragor como si un mundo se desquiciara sobre sus cabezas. Las puertas ceden. Unos jóvenes altos, nervudos, de larga cabellera, vestidos de pieles, cubiertos de sangre hasta las rodillas, con hachas en las manos, entran. A sus pasos las pinturas de los dioses se desvanecen como un sueño, las estatuas caen, los cánticos cesan, y los afeminados señores de la tierra corren á esconder su vergüenza. Son esclavos de una raza más fuerte.

## V.

Roma ha muerto. Sobre sus ruinas, amontonadas y llenas de sangre, se oye el cantar de Alarico, tan siniestro como el chillido del ave nocturna, como el rugir de las fieras. El Tiber arrastra lentamente en sus ondas de hiel los amuletos, los idolos, todas las reliquias del mundo que ha espirado. Sobre las columnas rotas, sobre las estatuas mutiladas, sobre las aras esparcidas yacen cadáveres en tanto número, que parecen una siega de hombres. La noche es sombría. La luna, que de vez en cuando rompe el velo de las nubes, ilumina este paisaje como una lámpara funeraria. El aire triste que gime entre las ruinas va cargado de cenizas. Algunas veces sopla tan fuertemente, que hace chocar unos huesos con otros huesos en siniestro ruido. Gigantescos monumentos han quedado de pié entre las ruinas como pa-

ra atestiguar la inmensidad del estrago. Un viejo sacerdote vestido de humilde sayal sale de un sepulcro. Algunos otros más jóvenes le siguen. El anciano se hince sobre el duro suelo. El anciano dice: Roma ha muerto. ¿Será posible, Dios mio, que consentas en la caída de tanta grandeza? Horrible pecadora ha pagado sus culpas. Pero, Dios mio, hay algo más grande que todas las ciudades y sus culpas, hay tu misericordia. En esto rasga la oscuridad de la noche un resplandor misterioso, que sin ser luz, penetra de indefinible claridad los ojos. Del seno de aquel resplandor sale un hombre sublime, cuyos ojos encierran abismos más profundos y misterios más impenetrables que la inmensidad de los cielos.

Yo resucitaré á Roma. Yo quiero convertirla en el centro del mundo moral. Que los huérfanos tengan una madre, que los ciegos tengan una luz, que los desgraciados tengan una esperanza. La Roma antigua ha muerto por sus vicios; que la Roma nueva viva por sus virtudes. En la antigua Roma habia cortesanos; que en la Roma nueva sólo haya hombres. Los Césares la han asesinado, pero la resucitará la religion. Cedan las orgías su lugar á la ciencia, la blasfemia á la oracion, las cadenas á la igualdad de todos los

hombres en el seno de la justicia y en la confianza de Dios. Sobre el altar que levantemos no haya Césares, sino un santo y vivificante abrigo para el espíritu humano. Maldito sea el primero que se crea heredero de los Césares dispersos por el soplo de la divina cólera. Este es el hogar de la libertad; este es el asilo del derecho. Aquí han de venir todos los hombres á aprender que todos son iguales, que todos son hermanos, que todos son libres, que Dios levanta para todos el sol y para todos reserva la resurreccion en otros cielos y en otros mundos. A tí, anciano, á tí confio el depósito de estas verdades, y para que las guardes, resucitaré á Roma tres veces, la arrancaré primero de los dientes de Alarico, despues de las uñas de Genserico, y por último de los piés de Atila. Y una bendicion cayó sobre el anciano y un cántico misterioso resonó en los cielos.

Entonces comenzaron á pasar largas séries de procesiones delante del anciano, á cuyos piés batian sus verdes palmas los mártires, y sobre cuya cabeza batian sus blancas alas los ángeles. Venian primero unos hombres nervudos, fuertes, vestidos de pieles, con las manos llenas de agudas lanzas, entonando un cántico salvaje que semejaba el ahullido de las fieras en las selvas. Y

el anciano los bendijo. Venian despues rulucientes caballeros con su casco de plata, sobre el cual caian plumas de todos colores, su escudo de oro en que iban grabadas misteriosas leyendas y su traje de hierro que resonaba de una manera estridente, caracoleando en sus potros, que relinchaban fuertemente sobre una arena teñida de sangre; acompañados, precedidos, seguidos de grandes bandadas de águilas y de cuervos, que formaban en su alrededor como una espesa nube. Y el anciano los bendijo. Venian despues sobre naves empavesadas audaces navegantes, y sobre altos pedestales primorosos artistas. Los unos agrandaban la tierra dotándola con islas y continentes sobre los cuales tegian sus ramas cargadas de flores grandes árboles en que entonaban un himno infinito miriadas de aves, cuyos gorgoros iban á perderse en el bramido de las cataratas, el hervidero de los volcanes y el embravecido oleaje del profundo Océano. Los otros sobre el blanco mármol cincelaban estátuas de bellisimas formas, y sobre las tablas figuras de espléndidos colores. Y á unos y á otros el anciano les bendijo. Venian despues corpulentos varones con un traje de blanco armiño, un manto de roja púrpura, una corona de pedrería en las sienes y un globo de

oro en la mano izquierda y una espada en la derecha, seguidos de hermosas dâmas y brillantes pajes. Y el anciano los bendijo. Y despues vinieron varios séres humildes, sin hierros, sin caballos, sin armas, sin pinceles, sin naves. Parecian enmedio de tanta grandeza como los primeros apóstoles al pié de la Roma de Neron entregada á sus orgías. Y dijeron : ¿nosotros solos, somos huérfanos? ¡Oh! No. Bendecid tambien la libertad, y se realizarán las promesas del Evangelio.

Y no la bendijeron. Pero la libertad continuó su camino. Un dia se reunieron varias gentes humildes en el seno de asociaciones libres, verdaderos árboles benditos, á cuya sombra latió el gérmen de un nuevo mundo, de una nueva sociedad en la tierra. La conciencia bajó en lenguas de fuego sobre aquellas gentes; la conciencia humana, hasta entonces eclipsada. Unos tomaron el arado, otros el trillo, otros el azadon; mientras sus hermanos tomaban las armas para defender el hogar; para defender la familia que en ese hogar anidaba; para defender el jurado que mantenía la justicia entre todos estos ciudadanos y la paz entre todos estos hogares. Y de nuevo fueron á pedir al hombre que se creia continuador de la redencion sus bendiciones, y las bendiciones les

fueron negadas. Y entonces la conciencia floreció en el alma de los plebeyos. Y sus enemigos se juntaron, se convinieron, se llamaron reyes absolutos; y sobre un puñal y una calavera juraron que habian de levantar sus tronos con huesos plebeyos y en sangre plebeya teñir sus mantos reales. Pero no sólomente adquirieron los plebeyos conciencias, sino que tambien, bajo las frias sombras de la esclavitud, y á despecho de sus tiranos, adquirieron razon. Y la razon se levantó sobre sus almas, con la majestad y la grandeza con que el sol se levanta desde el abismo de los mares por la inmensidad de los cielos. Y los tiranos que estaban ciegos, no veian el oriente de la razon humana lucir esplendoroso, deslumbrador, en la ancha frente de los pueblos. Y mientras ellos forjaban y remachaban cadenas, pesadissimas cadenas, la razon subia, subia á lo infinito, hasta medir el espacio, hasta pesar en la palma de sus manos los astros rutilantes, hasta beber el manantial de nueva vida en el curso sosegado de las ideas inmortales. Y entonces sonó la hora de la promulgacion de los derechos humanos en la conciencia universal. Y como los tiranos querian apagar una idea que era como el fuego vital en las entrañas de la sociedad, esta idea brilló, ardió, iluminó; pero

tambien consumió, tambien devoró, y los cetros se troncharon. Y las coronas se derritieron. Y los tronos se transformaron en cadalsos. Y los reyes, que habian querido tener como ministros de su justicia á los verdugos, sintieron pasar el frio filo del hacha del verdugo por sus gargantas. Y en aquellas explosiones, semejantes á la erupcion de mil volcanes, al estampido de un huracán de electricidad, al desgajamiento de todo el planeta, azotado por un gigantesco terremoto, se fundieron las cadenas del esclavo, y se abrasó su corona de espinas.

Y habia brotado en las aguas, como inmensa flor marina, un nuevo mundo. Y este nuevo mundo era más hermoso que el paraiso en los dias primeros de la creacion, cuando la luz recién salida de la palabra divina lo besaba con el candor y con el fuego del beso de los primeros amores. Los mares se dormian en brazos de sus playas, sonriendo celestemente, como los ángeles cuando se levantaban mariposas de los astros en sus cunas ethéreas. Las montañas llevaban allí una falda de selvas, y una diadema de nieves. Las selvas impenetrables, testigos de los primeros siglos, con sus árboles cargados de frutos, con sus praderas sembradas de flores, con sus coros

de aves canoras que entonaban himnos inmortales á las alturas. Tanta luz, tantas armonías, rios como mares, mares como cielos, cielos cargados de estrellas como las flores tropicales de rocío, praderas infinitas y sin término, montañas que eran columnas de zafiro, rematadas con chapiteles de diamantes, debian ser y eran el templo inmenso de la libertad.

Mas la codicia humana lanzó allí de barcos malditos legiones de esclavos, negros como la noche. Y aquellos esclavos pudrieron la tierra con la sangre que el látigo extraía de sus pieles; y la conciencia con las sombras que la servidumbre condensaba sobre sus almas yertas. Pero ¡ah! que vinieron la razon y la conciencia tambien á iluminar aquellas negras sombras y á empaparlas en su divino éther. Y un día la razon y la conciencia se hicieron hombre en un génio de redencion y de paz. Y aquel génio desde lo alto de un templo que será bendecido por todas las generaciones, rompió las cadenas y se las arrojó, todavía enrojecidas, á la proterva frente de los mercaderes de carne humana. Y la tierra respiró.

Mas no bastara esto. El pária ha engendrado al sudra; el sudra al ilota; el ilota al esclavo; el esclavo al siervo; el siervo al vasallo; el vasallo al

súbdito; el súbdito al ciudadano; y el ciudadano engendrará al hombre lleno del espíritu divino; al hombre que debe centellear de su frente espaciosa toda la luz del pensamiento libre; y vivir en el seno de la justicia, como viven los astros en el cielo.

Así Dios resplandecerá sobre el Universo. Así el espíritu humano será el compendio y el resumen de todo el Universo. Los hombres serán hermanos; y el cielo como el techo del hogar paterno. La naturaleza florecerá á su aliento, parecido al soplo creador. Los cielos brillarán cuando el hombre los mire, como si recibieran una nueva luz. Descenderán los astros á su oído, como las palomas del valle. Subirán las ideas á las alturas, como las espirales del incienso, como los aromas de las flores. Y cada idea que suba, descenderá de nuevo sobre el espíritu humano en lluvia de espiritual rocío. Y el trabajo será como las fuerzas de la creacion, é irá transformando los séres, perfeccionándolos, enrojeciéndolos en la viva luz de lo ideal. Nubes de los cielos, palomas de los valles, astros de lo infinito, almas desprendidas de la oruga de la naturaleza, torrentes de ideas, todo cuanto viva, todo cuanto crezca, todo cuanto forme en su progreso ascendente la esen-

cia de un alma, servirá para unir lo finito con lo infinito en eternos, inextinguibles amores. Y estas son, esclavos, las visiones que os enseña el profeta, al veros comenzar, encerrados bajo el dolor, vuestro viaje hácia Occidente.

FIN DE LA JORNADA PRIMERA.

## JORNADA SEGUNDA

DE LA SEGUNDA PARTE DE

## LA REDENCION DEL ESCLAVO.

---